

AUTOETNOGRAFÍA: UNA FORMA NARRATIVA DE GENERACIÓN DE CONOCIMIENTOS

Mercedes Blanco*

RESUMEN. Este texto tiene un doble propósito, por un lado, contribuir a la difusión de una vertiente de la investigación cualitativa, y una forma de escritura y presentación de resultados, denominada autoetnografía. Para cubrir este objetivo se da cuenta de dónde deriva este enfoque, su desarrollo en la última década del siglo XX y la primera del nuevo milenio, y los principales elementos que lo caracterizan. Se toma como base la literatura especializada producida en el mundo anglosajón debido a que su ejercicio en los países de habla hispana es aún muy incipiente. Por otro lado, también es primordial el propósito de ofrecer un ejemplo de este subgénero narrativo. La temática abordada en el relato personal que se incluye al final del texto está acotada histórica y socialmente ya que se hace referencia a un momento muy específico, y poco tratado, que se centra en la vivencia de la llegada del primer aparato televisor, durante los años cincuenta, a hogares de sectores medios de la ciudad de México.¹

PALABRAS CLAVE. Autoetnografía, investigación cualitativa, narrativa personal, televisión, ciudad de México.

INTRODUCCIÓN

Desde hace décadas la investigación cualitativa no sólo ha venido llevándose a cabo en buena parte del mundo occidental sino que,

* Profesora investigadora de tiempo completo en el CIESAS-DF. Correo electrónico: blancos50@hotmail.com

¹ En el apartado “El proyecto de investigación” se hará referencia al estudio dentro del cual se inscribe la utilización de la autoetnografía como una herramienta más que permite abordar el universo de mujeres de sectores medios en la ciudad de México en la segunda mitad del siglo XX.

pareciera, su validez y sus aportes ya no requieren de grandes defensas provenientes de la academia. Sin embargo, dado que lo que ahora puede ser aceptado como la vertiente cualitativa de la investigación social no conforma un campo único ni homogéneo, todavía existen facetas de este prisma que siguen siendo descalificadas por la ciencia normativa. Afortunadamente, hay voces provenientes tanto del mundo anglosajón (Flaherty, et.al., 2002) como de posiciones más cercanas a América Latina (de Souza, 2003) que, aunque reconocen que en buena medida sigue predominando un modelo global occidental de racionalidad científica —si bien afirman que está en crisis—, se pronuncian totalmente a favor de “otras formas de conocer marginadas, suprimidas y desacreditadas por la ciencia moderna” (2003: 27). En este encuadre es posible considerar a la autoetnografía como uno de esos enfoques alternativos para la generación de conocimientos cuyo abordaje lleva a hacer de forma previa algunas referencias a la etnografía más tradicional de la cual, en primera instancia, deriva.

ANTECEDENTES: ETNOGRAFÍA

Como sucede actualmente con muchos de los conceptos que suelen utilizarse en las ciencias sociales en general, y en la investigación cualitativa en particular, éstos se han vuelto polisémicos, es decir, cuentan con una pluralidad de significados. El término etnografía no es la excepción ya que su sentido no sólo se ha ido modificando, sino que ha ido haciéndose más complejo. No es el objetivo del presente artículo dar cuenta de la historia de lo que a lo largo de poco más de un siglo se ha ido entendiendo por el término etnografía, además de que existe una amplia gama de textos que abordan su desarrollo² (entre muchos otros, Agar, 2006 y Stoller, 1999). Lo que sí es posible hacer es una breve

² Para el caso de la producción mexicana sobre autores y corrientes internacionales contamos con la obra de la señera figura del antropólogo Angel Palerm que dedicó algunos de sus libros precisamente a una historia de la etnología (1967) que abarca lo que el autor llama “los precursores” (1974), “los evolucionistas” (1976) y la escuela británica (1977).

referencia a algunos de los investigadores ahora considerados clásicos para, a manera de botón de muestra, dar cuenta de cómo concebían a la etnografía en las primeras décadas del siglo xx y cuán contrastantes resultan ahora con la multidimensionalidad que caracteriza el inicio del siglo xxi.

Entre varios de los connotados y, con el correr del tiempo, famosos personajes que asentaron las piedras fundantes de la antropología social y la etnografía se encuentran, inevitablemente, Bronislaw Malinowski y Franz Boas. Ambos originarios de Europa pero que al final de sus trayectorias y, sobre todo, en la historia de la antropología, han quedado asociados cada uno con los países que eligieron para vivir buena parte de su vida y fructificar como investigadores. Como es del conocimiento de cualquier estudiante de antropología, a Malinowski (nacido en Polonia) se le considera uno de los pilares de la antropología funcionalista británica y a Boas (originario de Alemania) se le concede el mérito de ser el creador de la escuela norteamericana también llamada Antropología Cultural.

Uno de los elementos que equipara a ambos autores es su interés por emplear en la etnografía o la antropología social el método científico a la manera como se le concebía en la primera mitad del siglo xx: al estilo positivista. Esto de ninguna manera los descalifica, es más, resalta sus méritos sobre todo si tomamos en cuenta que en su época optar por la ciencia era luchar contra todo aquello que fuera pura ideologización, racismo y defensa de los más burdos estereotipos. Así, Malinowski afirmaba que en vez de seguir sosteniendo la idea popular de que los “salvajes” o “primitivos” carecían de racionalidad y se movían por mero instinto, “la ciencia moderna, por el contrario, demuestra que sus instituciones sociales tienen una organización bien definida, que se gobiernan con autoridad, ley y orden...” (1973: 27).

Otra característica que se ha vuelto tradición es como, con simplemente escuchar el apellido de Malinowski, en ocasiones se hace una conexión mental inmediata no sólo con la realización de trabajo de campo sino con los cánones³ que este mismo autor registró en algunos

³ Entre algunos de los elementos que Malinowski consideraba indispensables para practicar la etnografía y llevar a cabo un buen trabajo de campo estaban: “...apartarse

de sus textos que todavía son ampliamente consultados (Behar, 1999). Tampoco es desconocido que esa conceptualización de un trabajo de campo —llevado a cabo generalmente por un solitario etnógrafo que pasaba años en tierras ignotas— suponía, para ser riguroso, dar cuenta de la totalidad de los aspectos que conformaban la vida de la comunidad estudiada. La complejización de las sociedades fue haciendo inviable este objetivo que Malinowski aplicó a colectividades más bien cerradas por no decir que casi autárquicas.

En términos muy generales, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial el principal universo de estudio no sólo de la etnografía sino de las ciencias sociales fue ese “otro” (extraño, “primitivo”, extranjero) ubicado muchas veces dentro de un contexto colonialista. Como se ha mencionado, en un afán por enmarcarse dentro del paradigma positivista se buscaba dar cuenta de “lo objetivo” con datos “válidos” y “confiables”. Así, al período que abarca desde los años de la posguerra hasta la década de 1970 algunos autores lo consideran como una “época dorada” de lo que se concebía como “análisis cualitativos rigurosos” y donde el pospositivismo funcionó como un “poderoso paradigma epistemológico” (Denzin y Lincoln, 2003: 22).

Como también ha sido muy ampliamente reportado en la literatura especializada, el cuestionamiento del positivismo y sus derivados, que muchas veces adquirirían un cariz de crítica feroz, propició, entre otras cosas, aproximaciones más interpretativas. En este panorama se acuñó el término *blurred genres* (“géneros borrosos”) durante las décadas de 1970 y 1980; se señalaba —de ahí el rasgo distintivo que da nombre a esta corriente— que las fronteras entre las propias disciplinas sociales, y también con respecto a las humanidades, se habían vuelto indefinidas, “borrosas”, se traslapaban. Entre otros, destaca el autor Clifford Geertz (1973 y 1983) que argumentaba “...que el enfoque del antiguo, funcional, positivista, conductista y totalitario acercamiento a las disciplinas humanas estaba dando paso a una perspectiva más plural, interpretativa y abierta” (citado por Denzin y Lincoln, 2003: 24).

de la compañía de los otros blancos y permanecer con los indígenas en un contacto tan estrecho como se pueda...” (1973: 24) y “...la observación minuciosa y detallada, en forma de una especie de diario etnográfico...” de todos los aspectos de la población bajo estudio (1973: 41).

A mediados de los años ochenta ocurre una profunda ruptura ya que se da una fuerte erosión de las normas clásicas que regían los procesos de investigación en ciencias sociales —por ejemplo, la recolección de información y la escritura se vuelven más reflexivas ya que la “autoridad” del investigador para dar cuenta de “la realidad” es cuestionada—; a una transición conocida actualmente como “la crisis de representación”. Muchas veces se señala específicamente el año de 1986 como significativo, a partir de la publicación del libro *Writing Culture* de James Clifford y George Marcus (eds.), que se toma como punto de inflexión que denota un antes y un después en este campo de estudios. En lo tocante a la etnografía y, nuevamente, a manera de botón de muestra, algunos autores afirman que “el trabajo de campo y la escritura se mezclan uno con la otra. [...] De esta manera, la crisis de representación mueve a la investigación cualitativa hacia nuevas y críticas direcciones” (Denzin y Lincoln, 2003: 27). Otra forma más específica de referirse a este periodo es ubicarlo como el claro inicio de un giro o sesgo en la práctica de la etnografía hacia una especie de proyecto literario (Trencher, 2002). Ya para los años noventa y, en parte, como continuidad del proceso referido, se proponen nuevas maneras de hacer investigación cualitativa y de producir resultados escritos —a veces considerados como experimentales— y se le da aún más importancia a los aspectos literarios y retóricos, de tal suerte que se habla de un “giro narrativo”.

En síntesis, como se ha reiterado, uno de los elementos indispensables en las viejas definiciones de etnografía era el interés por dar cuenta de lo “muy diferente”, de “los otros” (Mora, 2010); se pensaba siempre en lugares “exóticos” o lejanos (respecto al lugar donde habitaban los académicos generalmente hombres, blancos y de países desarrollados). Evidentemente esta percepción de la etnografía ha cambiado mucho a lo largo del siglo xx y en la primera del siglo xxi; incluso algunos autores hablan actualmente de una “etnografía global” (Burawoy, 2001).⁴ Sin

⁴ Según este autor, en la perspectiva más conocida, se entiende por “...etnografía global aquella que se opone al esquema abstracto de globalización frente a lo que podemos llamar un estudio de la ‘globalización desde abajo’. Aquí uno estudia la *experiencia* de ‘globalización’, para insistir en que los efectos de la globalización, como quiera que

embargo, a pesar de que en poco más de cien años la concepción de lo que se entiende por etnografía —y su práctica— han ido cambiando de manera notoria, llegando incluso a desbancar como definitiva la idea inicial del estudio del “otro” “muy diferente”, hay un aspecto relevante que tiene que ver con la asociación que se hace entre etnografía y la realización de trabajo de campo; a partir de la afirmación de que el trabajo de campo no es exclusivo de la etnografía pero sí su principal soporte.

De esta manera, hemos visto cómo a lo largo del siglo xx y principios del xxi la etnografía ha ido ampliando su rango de aplicaciones y adaptaciones, lo cual no necesariamente quiere decir que los estilos más tradicionales de este quehacer vayan o “tengan” que desaparecer. Con todo, en el nuevo milenio se sigue discutiendo en torno a la pregunta de “qué es una ‘verdadera’ etnografía”, como lo reporta el conocido antropólogo Michael Agar; este autor responde que una pregunta así no funciona ya que “...no hay nada más una sola o verdadera etnografía” (Agar, 2006: 21).

En el siguiente apartado se expondrán los orígenes y desarrollo de lo que, para algunos autores, es una rama relativamente reciente de la etnografía y para otros es una modalidad nueva y diferente de la investigación cualitativa.

AUTOETNOGRAFÍA

Tanto la discusión referida anteriormente como los debates actuales, ahora sobre qué es la autoetnografía y cómo se pone en práctica, remiten a una controversia más amplia de carácter epistemológico, ya que apuntan a cómo se genera el conocimiento. Entre otras, una manera de ver a la autoetnografía es ubicándola en la perspectiva epistemológica que sostiene que una vida individual puede dar cuenta de los contextos en los que le toca vivir a esa persona, así como de las épocas históricas

ésta se entienda, no son homogéneos ni omnipresentes sino específicos y concretos” (Burawoy, 2001: 149).

que recorre a lo largo de su existencia. Por ejemplo, Franco Ferraroti —figura señera en el desarrollo del método biográfico— afirma en una entrevista que concedió en 1986: “La tesis central es que es posible leer una sociedad a través de una biografía” (Iniesta y Feixa, 2006: 11). Sin embargo, el mismo autor explica: “El individuo no totaliza una sociedad global directamente. Lo hace a través de la mediación de su contexto social inmediato y de los grupos limitados de los cuales forma parte... [...] De igual manera, la sociedad totaliza a cada individuo específico a través de las instituciones mediadoras...” (Ferraroti, [1983] 1988: 94).⁵

Según algunos autores (Anderson, 2006), el término autoetnografía empezó a utilizarse hacia finales de los años setenta del siglo xx y, con fuerza, desde la década de los ochenta. En sus versiones iniciales (Hayano, 1982) la autoetnografía se aplicaba al estudio de un grupo social que el investigador consideraba como propio; ya fuera por su ubicación socioeconómica, la ocupación laboral o el desempeño de alguna actividad específica. Así, en este primer momento, sí se hacía la distinción entre el estudio de un grupo de personas afines de textos esencialmente autobiográficos. Es hasta la década de los noventa que Carolyn Ellis y Arthur Bochner (1996)—fundadores y activos promotores del género de la autoetnografía como “método de investigación”— junto con Laurel Richardson (2003)—otra de las figuras más conocidas de “la escritura como método de investigación”— plantearon que esta vertiente “explora el uso de la primera persona al escribir, la apropiación de modos literarios con fines utilitarios y las complicaciones de estar ubicado dentro de lo que uno está estudiando” (Gaitán, 2000: 1).⁶ De esta manera, la autoetnografía amplía su concepción para dar cabida tanto a los relatos personales y/o autobiográficos como a las experiencias del etnógrafo como investigador —ya sea de manera separada o combinada— situados en un contexto social y cultural.

⁵ En otro texto (Blanco, 2012) he abordado el tema de la autobiografía, inscrita en la vertiente cualitativa de la investigación social, y también en cuanto a su relación con la autoetnografía.

⁶ Gaitán (2000) presenta una reseña del libro *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing* (1996), coeditado por Ellis y Bochner, en la cual varias veces cita afirmaciones extraídas literalmente de este libro.

De manera ya más concreta, una variedad de autores afirma que la autoetnografía usualmente se escribe en primera persona y los textos aparecen en una variedad de formas. Por ejemplo, Richardson (2003) ofrece un amplio listado de autores con textos —dice— de “muchas especies”: autoetnografía, relatos de ficción, drama, textos de *performance*, textos polivocales, aforismos, comedia y sátira, presentaciones visuales, alegorías, conversaciones y géneros mixtos. Publicaciones más recientes (Goodall, 2008) señalan que “la investigación cualitativa elaborada en la academia, vía la escritura de narrativa de no ficción, aparece con una serie de nombres —etnografía narrativa, etnografía personal, escritura preformativa, autoetnografía, práctica creativa analítica, sociología lírica, autobiografía, narrativa heurística, etcétera—” (2008: 11). Los propios Ellis y Bochner (2003) agregan: “relatos cortos, poesía, ficción, novelas, ensayos fotográficos, ensayos personales, diarios, escritura fragmentada y por capas y prosa en ciencias sociales” (2003: 209). Este texto de Ellis y Bochner contiene una lista más amplia de tipos de escritura que pueden englobarse o no —según la opinión de diversos autores— bajo el rubro de autoetnografía (incluso los sistematizan por disciplinas como la sociología, la antropología y la comunicación).

Simplemente con leer semejantes listados, los lectores pueden tener no sólo una primera impresión de que cualquier tipo de texto es válido para esta vertiente cualitativa que sostiene que la escritura de tipo más personal es un método de investigación, sino también puede crear cierta confusión que les lleve a preguntarse: ¿entonces, qué se entiende por autoetnografía? En ese sentido, si bien la autoetnografía ciertamente propugna la diversidad de formas de escritura y presentación de resultados, tal vez la siguiente afirmación de Carolyn Ellis aclare su significado: “La autoetnografía es un género de escritura e investigación autobiográfico que [...] conecta lo personal con lo cultural” (2003: 209). Richardson coincide con Ellis al puntualizar: “Las autoetnografías son altamente personalizadas, textos reveladores en los cuales los autores cuentan relatos sobre su propia experiencia vivida, relacionando lo personal con lo cultural” (Richardson, 2003: 512).

Así, la importancia de tomar en cuenta el contexto cultural, presente en la etnografía clásica y en la antropología social, no ha perdido su importancia en la autoetnografía. Sin embargo, hay que tener siempre

en cuenta que en el caso de la autoetnografía actual “las distinciones entre lo personal y lo cultural se vuelven borrosas, a veces más allá de un reconocimiento propio” (Ellis, 1999: 673) y es pertinente agregar que también la variedad se presenta en los énfasis que cada autor le da a su texto, donde algunos se inclinan más hacia la faceta personal y otros muestran preferencia por el ámbito cultural o el propio proceso de investigación (Ellis, 2008). Entonces, para decirlo de manera sintética, a lo largo de los últimos treinta años se ha pasado de una concepción de lo que son las biografías y las autobiografías ubicadas en el paradigma positivista —con su lucha por “volverse científicas”— al polo opuesto que representa la propuesta autoetnográfica, con una mezcla indisoluble entre las dimensiones tradicionalmente llamadas objetivas y subjetivas.

Después de hacer este recorrido resulta necesario aclarar que las referencias mencionadas en esta revisión provienen básicamente de la literatura especializada anglosajona —toda vez que en el mundo hispanohablante el ejercicio de la autoetnografía es aún muy incipiente—, por lo cual sólo pueden citarse algunos cuantos artículos para los casos de México y España (Blanco, 2010 y 2012; Feliu, 2007; Feliu y Gil-Juárez, 2011; Poó, 2009; Street, 2003).

Por último, también es indispensable enfatizar que una característica que resulta imprescindible para la mayoría de los autores revisados, que se pueden ubicar en la corriente de la autoetnografía, es la presencia de una estructura narrativa (que incluye una trama o el argumento del relato) o, puesto de manera aún más puntual, la utilización de “formatos narrativos”. En esta tónica, no sólo la mera transcripción de entrevistas sino incluso la tradicional inserción de fragmentos o viñetas tomadas de éstas, no constituyen *per se* lo que a lo largo de este texto se ha venido refiriendo como autoetnografía. Así, según los practicantes de esta perspectiva, es necesario producir textos que han de ser elaborados echando mano de algunas estrategias literarias. Esta es precisamente la intención de presentar hacia el final de este artículo mi narrativa personal sobre la llegada del primer aparato de televisión a un hogar de clase media de la ciudad de México hacia finales de la década de 1950. Pero antes, dos apartados sintéticos procurarán contextualizar tanto el tema abordado en la narrativa como la elaboración de la misma.

EL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

Antes de presentar la narrativa personal y las condiciones generales bajo las cuales fue elaborada, es pertinente referir —aunque sea de manera breve, debido a las limitaciones de espacio— el encuadre teórico-metodológico más amplio que da cobijo al ejercicio autoetnográfico que se expone en esta ocasión. Durante varios años he venido desarrollando un proyecto de investigación que lleva por título *Generación y Género: mujeres mexicanas de clase media en la segunda mitad del siglo XX* (CIESAS-DF). El objetivo más general del proyecto es dar cuenta de cómo los eventos históricos y los cambios económicos, sociales, demográficos, políticos y culturales, moldean o configuran tanto las vidas individuales como los agregados poblacionales denominados generaciones o cohortes.⁷ En síntesis, es una manera de dar cuenta de la historia de un grupo de mujeres que han nacido en los primeros años de la década de 1950 y han vivido prácticamente toda su vida en la ciudad de México, y en la cual el principal hilo conductor es la generación, cruzado por otros dos ejes analíticos centrales, los de género y clase social.

En otros textos he especificado con detalle la conformación del universo bajo estudio,⁸ los criterios de selección y las discusiones sobre lo que se entiende por generaciones y clases medias (Blanco, 2001, 2002 y 2011). También en otras publicaciones se ha llevado a cabo el análisis de información cualitativa (proveniente de entrevistas a profundidad) como su combinación con fuentes de datos estadísticamente representativas que no sólo conforman un marco contextual sino que

⁷ El término cohorte se usa ampliamente en la demografía para hacer referencia a un grupo poblacional que comparte un evento origen en común, entre otros (siendo el más utilizado), el haber nacido en un periodo de tiempo determinado (Pacheco y Blanco, 2005).

⁸ Se eligió dar seguimiento a un conjunto de mujeres proveniente de un universo inicial de referencia constituido por un grupo escolar, formado éste por hombres y mujeres que, en la segunda mitad de los años sesenta, fueron compañeros de secundaria (algunos también de primaria y/o de preparatoria) en una escuela privada de la ciudad de México, identificada entonces precisamente como de clase media.

—a partir de un trabajo conjunto con una colega demógrafa—,⁹ tienen como objetivo poner en práctica una vertiente teórico-metodológica conocida como “metodología mixta” (entre otros, Pacheco y Blanco, 2002 y 2008).

Después de dedicar varios años al desarrollo del citado proyecto bajo los cánones más usuales en la investigación en ciencias sociales, decidí incursionar y añadir formatos diferentes tanto en la recolección de nueva información como en su utilización.¹⁰ Es aquí donde entra el siguiente apartado que da cuenta de un nuevo grupo de mujeres —con las mismas características del grupo original en cuanto a pertenencia a una generación y clase social— que aportó información que, en este caso, se canalizó por medio de narrativas personales.

LOS TALLERES DE ESCRITURA

Según algunos de los autores mencionados en los apartados previos, una de las maneras más recomendables de aprender y ejercitarse en la puesta en práctica de la autoetnografía es formando parte de pequeños grupos de personas que se reúnen con frecuencia para compartir sus textos narrativos. El relato que presento en esta ocasión fue elaborado precisamente en el contexto de un pequeño grupo de mujeres que formamos parte de un taller cuyo objetivo es el aprendizaje y ejercicio de la escritura autobiográfica;¹¹ en cierto sentido, se acerca bastante

⁹ Agradezco a mi amiga y colega, la Dra. Edith Pacheco del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio de México, su participación siempre entusiasta y su apertura intelectual para elaborar conjuntamente propuestas que buscan combinar sus amplios conocimientos estadísticos con la investigación cualitativa.

¹⁰ Para un recorrido, también en estilo autoetnográfico, de mi trayectoria académica a lo largo del tiempo que me ha ubicado en este “giro narrativo” —y que tiene como telón de fondo algunas de las opciones epistemológicas y metodológicas que las ciencias sociales en México han ofrecido a los profesores-investigadores en las últimas tres décadas— véase Blanco, 2012.

¹¹ Como se acaba de señalar al final del apartado anterior, las mujeres que asisten a este taller también pertenecen a la misma generación que las entrevistadas en el proyecto original, de igual manera sus familias de origen y procreación pueden ser ubicadas en los sectores o clases medias y todas cuentan con niveles de escolaridad universitarios.

a lo que algunos autores denominan “investigación autobiográfica colaborativa” (Ellis, 2009; Lapadat, 2009).

La actividad específica del grupo es la escritura de pequeñas narrativas autobiográficas para lo cual cada una de las integrantes se guía por temas comunes que son propuestos por la coordinadora¹² y, a veces, por las propias asistentes. Posteriormente, los textos son leídos en voz alta para que todo el grupo pueda expresar sus comentarios, sugerencias, dudas y críticas; de esta manera, se da una constante interacción oral y escrita entre todas las participantes. Esto sin olvidar que “el que narra selecciona, relata y le da una fuerza interpretativa a recuerdos específicos. [...] Las narrativas autobiográficas se vuelven más complejas por el contexto en el que son producidas para quién o con quién se construye el relato, el momento y la situación en que se da la elaboración, y el propósito” (Lapadat, 2009: 958). De esta manera, el ejemplo que se ofrece más adelante constituye una vía diferente para generar información sobre uno de los tantos temas que abarca el proyecto de investigación más amplio; ya que hace referencia a un hecho histórico, social y cultural como lo es la introducción del servicio de televisión en la ciudad de México de finales de los años cincuenta y durante la década de 1960.

BREVE CONTEXTUALIZACIÓN

En esta ocasión es pertinente conceder mayor espacio a la narrativa autoetnográfica aunque, en función del tema específico que se aborda en el relato que se presenta al final de este artículo, sí amerita un encuadre contextual, aunque sea panorámico, sobre el fenómeno histórico que representó la introducción del servicio de televisión en la ciudad de México en los años cincuenta. En esta época de Internet hacer referencia a la televisión, sobre todo a sus orígenes, puede suscitar en la gente muy joven una impresión de lejanía histórica. Se ha escrito, hablado y debatido muchísimo, en superlativo, en torno a una gran variedad

¹² Agradezco a la escritora y maestra Marcela Guijosa (ver, entre otros, Guijosa, 2004 y Guijosa, 2006) y a mis compañeras del taller, su atenta lectura y sus valiosos comentarios.

de facetas que conforman ese prisma mágico que es la televisión (Orozco, 2002; Valdés, 2010); pero para el asunto que nos ocupa resulta importante destacar que “la cultura mexicana se caracterizó, en la segunda mitad del siglo XX, por la centralidad que adquirió la televisión. Esto ocurrió en todo el mundo: el pequeño cine portátil invadió la estancia, el comedor, la recámara, la cocina, y unió la vida privada con el mercado” (Rodríguez y González, 2010: 711).

Es por ello que resulta novedoso enfocar ese momento tan específico que se centra en la vivencia de la llegada del primer aparato televisor, durante los años cincuenta, a aquellos hogares de la ciudad de México que podían darse el lujo —o hacer el esfuerzo— de comprar uno. La mirada es la de la infancia, aunque la de los adultos no estaba muy lejos de la misma sorpresa, júbilo y fascinación inicial. A lo mejor suena como un cliché decir que la incorporación de la actividad de ver la televisión cambió la vida, tanto cotidiana como a largo plazo, de todos los integrantes de las familias que vivieron ese acontecimiento. En este sentido, la afirmación del Dr. Álvaro Matute, formador de muchos historiadores en nuestro país, avala esta posición:

Los alcances de las revoluciones tecnológicas pueden ser más radicales que los de las revoluciones políticas. Su arribo al orden doméstico provoca cambios drásticos en el modo de ser de las familias. No suceden de la noche a la mañana, pero con cierta celeridad van permeando capas cada vez mayores de la sociedad. Se originan en los estratos sociales urbanos altos [yo agregaría que también en los medios], desde donde inician su descenso y expansión hasta abarcar los sectores populares (Matute, 2006: 157).

La historia del desarrollo de la televisión como un avance tecnológico resulta muy interesante, tanto en el ámbito mundial como para el caso de México, pero desafortunadamente aquí no es posible consignarla más que de manera sintética. En ese recorrido la figura señera del ingeniero Guillermo González Camarena es indiscutible (Zarur, 1996), por más que la autoría original del aparato de televisión —e incluso el sistema

a color— siga disputándose la con inventores de países altamente industrializados.¹³

Muchas fuentes (Loeza, 2010; Trejo, 1989) coinciden en señalar la fecha del primero de septiembre de 1950 como la de la inauguración oficial de la televisión comercial en México, aunque en años previos había habido varios experimentos de pequeño alcance. Esa primera transmisión fue nada más y nada menos que un informe presidencial, hecho que de alguna manera tal vez ya prefiguraba la muy cercana relación que habría de establecerse entre la/s empresa/s de televisión y los gobiernos en turno (Valdés, 2010). No en vano, en 1948 el Presidente Alemán comisiona al renombrado escritor Salvador Novo y al propio Ing. González Camarena para que hagan un estudio y le presenten un informe sobre el funcionamiento de las empresas televisoras ya existentes en los Estados Unidos y en Inglaterra (Corona, 1992). Sin embargo, para otros autores, “...en las postrimerías del gobierno de Miguel Alemán, cuando se inicia la televisión en México, los círculos oficiales la califican de ‘pasatiempo’ que, reiterativamente, no puede tomarse en serio” (Monsiváis, 2000: 211).

Algunos años después, en 1955, surge Telesistema Mexicano como una compañía que llegaría a transformarse en la poderosa Televisa;¹⁴ en ese momento Telesistema conjunta a tres canales que surgieron de forma separada, y que existen hasta la actualidad: el

¹³ En Internet es posible consultar una variedad de páginas *web* que, de una u otra manera, dan cuenta de la historia de la televisión mexicana; entre otras: <http://www.cnnexpansion.com/bicentenario/2010/08/30/televisa-origenes-telesistema-expansion>; <http://html.rincondelvago.com/historia-de-la-televison-en-el-mundo-y-en-mexico.html>.

¹⁴ Cuando Novo y González Camarena elaboran el mencionado informe para el Pte. Alemán, se reitera, el servicio de televisión comercial aún no existía en México por lo que en ese documento los autores vierten ideas y especulaciones tales como la siguiente: “...no parece probable que las transmisiones de televisión puedan extenderse a la magnitud y la frecuencia de las radiofónicas...” (cita tomada de Corona, 1992: 205, que reproduce el documento dado a conocer, de manera restringida en 1948, por el Instituto Nacional de Bellas Artes). Esta afirmación efectivamente era correcta en aquella época pero, como es de todos conocido, la televisión ha llegado a constituirse en uno de los medios masivos de comunicación más importantes y difundidos en muchos países del mundo.

2, el 4 y el 5. Durante varios años el servicio de televisión tuvo una cobertura geográfica bastante limitada: comenzó con la ciudad y el valle de México para, poco a poco, ir instalando antenas “repetidoras” que hacían posible que la señal fuera llegando a diferentes estados de la república (Mejía, 1989). En 1959 sale al aire el Canal Once, con el propósito de transmitir programas de corte educativo y cultural, sin embargo, durante mucho tiempo sus emisiones sólo pueden ser vistas en la ciudad de México.

Tan novedosa, impactante y atractiva resultó la televisión que el Censo General de Población y Vivienda levantado en 1960 hizo un primer esfuerzo por registrar su existencia en México. Como se ha señalado, durante la década de 1950 el servicio de televisión prácticamente sólo estaba disponible en la ciudad de México; sin embargo, en algunas poblaciones del norte del país también se empezó a popularizar la compra de televisores porque en varias ciudades fronterizas era posible captar las señales emitidas en los Estados Unidos. Para dar una idea del crecimiento en la adquisición de estos aparatos, el censo de 1960 consigna que 238,795 viviendas cuentan con radio y televisión en el Distrito Federal, lo cual se traduce en que aproximadamente un 25% de los hogares poseía ambos aparatos. Si recordamos que en cada vivienda vivían en promedio cinco personas (Alba, 1984),¹⁵ la población en la ciudad de México que podía ver la televisión obviamente se multiplicaba, lo cual no elimina el hecho de que todavía era un conjunto minoritario que se elevó rápidamente con el correr de los años.¹⁶

Entonces, ubiquémonos hacia el final de los años cincuenta, en el contexto urbano capitalino, y en aquellas primeras generaciones de infantes que experimentaron la llegada a su vida de un invento tal que las hace equiparables a aquellas poblaciones que vivieron por primera vez la experiencia de ver una película.

¹⁵ Según el Censo General de Población y Vivienda de 1960 el Distrito Federal contaba con 4,870,876 habitantes.

¹⁶ Según el Censo General de Población y Vivienda de 1970 la proporción de viviendas con radio y televisión se elevó a aproximadamente un 65% en el Distrito Federal.

PRIMERA PARTE: LA FOTO

1958. “Ya llegó a México la maravilla del siglo”.
“En precioso mueble de caoba, la combinación más
maravillosa de receptor de T.V., radio de tres bandas,
tocadiscos y dos bocinas, todo en un gabinete modernista”.

Así buscaban los visionarios fabricantes de estos aparatos atraer la atención de los lectores del periódico *Excélsior* para que se convirtieran en los intrépidos compradores de la tecnología audiovisual más avanzada de aquel momento. *RCA Victor* y *Salinas y Rocha* era la mancuerna empresarial que se afanaba en comercializar lo que a mí me parece el invento más importante del siglo xx en este campo, pues a pesar de la aparición de Internet en los años noventa de la pasada centuria su esplendor más bien lo podemos ubicar al inicio del milenio.

Hacia el final de los años cincuenta los aparatos receptores de televisión —como a veces se les anunciaba, pues aún no adquirirían el sobrenombre de “tele”— eran un artículo de lujo que costaba caro. Recuerdo con qué emoción y ansiedad mi mamá, mi hermano y yo esperamos a que llegara la primera televisión a nuestra recién construida casa en una colonia al sur de la ciudad de México. Según cuenta mi mamá, aquel fraccionamiento estaba tan lejos de todo y tan despoblado, que para compensar un poco el aislamiento mi papá le ofreció comprarle una televisión para que no se sintiera tan triste por ya no vivir en La Roma, donde todo estaba cerca y había tantos lugares a donde ir con mucha facilidad.

Mi padre decía que, a pesar de que como Ingeniero Químico ganaba bien, aquella adquisición le representó un gran esfuerzo económico pero valía la pena por tener contenta a mi mamá. La llegada de esta “maravilla del siglo” a nuestra casa ameritó que mi papá tomara varias fotografías; en una de ellas estamos mi hermano y yo flanqueando aquella caja con frente de cristal.

La tele está apagada y nosotros vestidos con ropa casera: yo con una especie de *overall* o pantalón con peto que mi abuela materna —que vivía con nosotros— me había confeccionado, pues era muy buena para coser cualquier tipo de prendas de vestir. Curiosamente la tela era un

elegante casimir que mi abuelita recicló de algún viejo traje de mi papá. Creo que se me veía bien y, además, a mí me gustaba precisamente por lo suavcito de la tela.

Mi hermano aparece en la foto con una camisa blanca de manga corta, pues a fines de los años cincuenta los niños y jóvenes no usaban playeras ni para andar un su casa —las playeras eran, literalmente, para lucirlas en la playa— y un pantalón que me parece era de color gris. El pelo bien corto; tal vez por eso en su primera juventud mi hermano se empeñó en lucir una greña larga que le ganó muchas discusiones con mi padre.

Tan importante era ese invento prodigioso que fue merecedor de tener dentro de la casa una habitación para su uso exclusivo: el cuarto de la tele, como después le llamamos todos. Tenía piso de mosaico y uno de sus lados daba al jardín; mi mamá compró un sillón y un sofá para que pudiéramos ver la tele como en el más cómodo cine. Incluso, a veces, hasta comíamos palomitas, de aquellas que se hacían en una olla de aluminio, especial para estos fines, pues contaba con una manija en la tapa para dar vueltas continuamente a los duros granitos de maíz hasta que se oía una especie de balacera, señal de que estaban listas.

La tele era en blanco y negro, la foto es en blanco y negro, hasta nuestras prendas de vestir son blancas y grises en esa memorable fotografía. Por ello me resulta contrastante el color y la alegría que produjo en ese momento la llegada a nuestra casa de aquel prodigioso aparato.

SEGUNDA PARTE: PROHIBIDO PRENDERLA

Todos aquellos nacidos en México en el primer lustro de los años cincuenta de alguna manera tuvimos contacto en la infancia con este extraordinario juguete. Aún los niños a cuyos padres no les era posible comprar una tele, podían sorprenderse al encontrarla encendida en las tiendas del centro de la ciudad, o incluso podían entretenerse un buen rato si vivían cerca de una vecina que por veinte centavos compartía su tele con los habitantes de la colonia, aunque me parece que era muy probable que tal generosidad más bien constituía una estrategia

para abonar “las cómodas mensualidades” de las tiendas que vendían a plazos.

Muchos papás hicieron verdaderos sacrificios con tal de adquirir aquel novedoso invento. A finales de los años cincuenta las familias que tenían una televisión le otorgaban un lugar privilegiado en la sala de la casa, si no daba como para concederle “un cuarto propio”. Haciendo memoria de aquellos tiempos, una amiga de la misma generación me comentó: “la tele era el mueble más elegante y más bonito que había en mi casa. Era un gabinete grande de madera, con sus puertitas: ¡precioso!”.

Debido a su cualidad inicial de ser algo tan singular, el control y el manejo de aquel preciado aparato era potestad única de los adultos. Sólo ellos parecían tener el conocimiento y el cuidado requeridos para prenderlo y girar la perilla que permitía cambiar de canal; a los niños les estaba prohibido hacerlo por iniciativa propia. También los padres eran los que decidían cuándo y cuánto tiempo les permitirían a sus hijos ver la tele. Hasta he sabido de algún padre autoritario que le puso candado al mueble de la tele y, ¡claro!, sólo él tenía la llave mágica que abría aquel cofre lleno de sorpresas.

Casi innecesario resulta decir que, al principio, las transmisiones eran en blanco y negro y la programación era escasa. Para finales de los cincuenta en México había sólo tres canales que por la tarde pasaban programas infantiles como el *Club Quintito* y aparecieron personajes como el Tío Gamboín.

¡Quién —que haya sido un niño a finales de los años cincuenta— no recuerda el famosísimo *Teatro Fantástico*! El pelirrojo Cachirulo y el malvado Fanfarrón se volvieron los infaltables visitantes en muchas casas clasemedieras los domingos por la nochecita. Nunca sabré si la fascinación que causaban los rudimentarios escenarios de cartón se debía a la poca edad de los recién estrenados televidentes o a lo novedoso que resultaba el tener una especie de cine privado disponible todos los días.

En ese entonces, los destinatarios de la programación se podían distinguir como compartimentos estancos: el box y los toros, para los papás. Para las mamás los teleteatros, que fueron algo así como los primeros ensayos de las exitosísimas telenovelas; *Gutierritos* fue uno de

los primeros *hitazos*. Y los dos o tres programas infantiles nacionales —como el patrocinado por los chiclosos Toficos— rápidamente se toparon con la competencia de las caricaturas gringas: Mickey Mouse y el Gato Félix en primera fila.

Al principio, el solo hecho de prender la tele y ver prácticamente cualquier cosa me resultaba muy entretenido; al parecer eso mismo pasó con los primeros públicos que vieron una película en un cine, independientemente de su contenido. Así, llegué a ver hasta las peleas de box algún sábado por la noche. Sola, iluminada por la luz grisácea que emanaba de la pantalla, casi entraba en una especie de trance que era de lo más tranquilizante. Hasta la fecha, ver la tele por las noches es una de mis distracciones favoritas, y todavía hoy constituye una terapia de relajación.

CONSIDERACIONES FINALES

Como se señaló al inicio, el propósito central de este texto es contribuir a la difusión de la llamada autoetnografía, lo cual se enmarca en un ámbito más amplio que busca impulsar la praxis de una verdadera interdisciplinariedad¹⁷ que respete y valore —en igualdad de condiciones— una amplia gama de posibilidades epistemológicas y metodológicas. Esto resulta aún necesario para una variedad de autores que afirman que, en buena medida, las formas de investigar todavía están ancladas en presupuestos positivistas y terminan respondiendo a una “ortodoxia metodológica” (Hesse-Biber, 2010: 455).

Lo anterior no necesariamente apunta a una oposición al ejercicio de los cánones tradicionales de los protocolos de investigación. Por ejemplo, en mis cursos de metodología empiezo contándoles a los estudiantes una especie de metáfora para lo cual utilizo el ejemplo del famoso pintor español Pablo Picasso (1881-1973). Este artista empezó a aprender a pintar —desde muy temprana edad— practicando las

¹⁷ En este momento no es posible abordar el importante tema de la multi/trans/interdisciplinariedad (entre muchos otros, véase González Casanova, 2004; Martín-Barbero, 2005; Peñuela, 2005).

técnicas clásicas del dibujo: haciendo ejercicios, por ejemplo, de la figura humana, del retrato, de flores, de animales (es muy conocida su afición por la “fiesta de los toros”) e incluso pintó algunas estampas religiosas (como una “Primera Comunión”). Algunos años después empezó a innovar y varios expertos consideran que ya en 1907 (a los 26 años de edad) el artista inicia la corriente conocida mundialmente como cubismo (con el cuadro titulado “Las Señoritas de Aviñón”) aunque para otros esto fue un proceso que abarcó años antes de consolidarse como una nueva corriente pictórica. Otra voces señalan que fue precisamente por su “incesante innovación vanguardista” e incluso por su “obsesión innovadora” que este artista se volvió famoso (Calvo, 2006: 3).

En el año 2006 el Museo del Prado de Madrid, España, presentó una exposición que tituló “Picasso. Tradición y Vanguardia”. El sólo título —y después, al verla personalmente, confirmé mi percepción inicial— corresponde con la idea que quiero transmitir en este cierre: primero hay que aprender las teorías más conocidas, las técnicas y los protocolos convencionales que pueden resultar útiles y estimulantes —además de representar la acumulación de conocimiento— y después, a lo mejor mucho después, nos podremos dar el lujo de innovar o por al menos intentar nuevos caminos.

Esto último es lo que he buscado hacer con la práctica de la autoetnografía, al dar cuenta de un hecho histórico —la introducción del servicio de televisión comercial en México— que no sólo representó un fenómeno social sino que incidió en la vida cotidiana de cada televidente. Así, tanto en la contextualización como en la propia narrativa autoetnográfica, voy dando pinceladas que remiten a algunos elementos que han sido centrales (y lo siguen siendo) en las ciencias sociales: la conjunción de los niveles microsociales y macroestructurales; el estudio de las generaciones como conjuntos de poblaciones que comparten periodos históricos particulares; el llamado “conocimiento situado” que relaciona la vida personal del investigador con los temas que elige estudiar; la combinación de perspectivas y, permeándolo todo sutilmente, el debate epistemológico. Pues como bien dice Norman Denzin, figura señera del desarrollo de nuevas modalidades dentro de la investigación cualitativa: “lo que necesitamos es una comunidad

metodológica y ética que respete y celebre la diversidad paradigmática y metodológica” (Denzin, 2010: 425).

BIBLIOGRAFÍA

- AGAR, M. (2006), “An Ethnography By Any Other Name...”, en *Forum: Qualitative Social Research*, 7(4), Art. 36 [149 párrafos], Artículo en línea disponible en: <http://nbnresolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0604367>.
- ALBA, F. (1984), *La población de México, evolución y dilemas*, México: El Colegio de México.
- ANDERSON, L. (2006), “Analytic Autoethnography”, en *Journal of Contemporary Ethnography*, Artículo en línea disponible en: <http://jce.sagepub.com/cgi/content/abstract/35/4/373>.
- BEHAR, R. (1999), “Ethnography: Cherishing Our Second-Fiddle Genre”, en *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 28, núm. 5, Thousand Oaks, California: Sage.
- BLANCO, M. (2001), “Trayectorias laborales y cambio generacional: mujeres de sectores medios en la Ciudad de México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- _____ (2002), “Trabajo y Familia: entrelazamiento de trayectorias vitales”, en *Revista del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano (CEDDU)*, núm. 51, vol. 17, núm. 3, México: El Colegio de México.
- _____ (2010), “La autoetnografía como escritura terapéutica: adiós al cigarro”, en Carolina Martínez Salgado (comp.), *Por los caminos de la investigación cualitativa. Exploraciones narrativas y reflexiones en el ámbito de la salud*, México: UAM-Xochimilco.
- _____ (2011), “Expulsión del paraíso: estudio de caso de una trayectoria laboral femenina heterogénea entre las clases medias”, en María Eugenia de la O. (coord.), *Mujeres y diversidad laboral en México*, (en prensa), México: Universidad de Guadalajara.

- _____ (2012), “¿Autobiografía o autoetnografía?”, en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, núm. 38, enero-abril, México: CIESAS.
- BURAWOY, M. (2001), “Manufacturing the Global”, en *Ethnography*, vol. 2, Londres/Thousand Oaks, California: Sage.
- CALVO, F. (2006), *Picasso. Tradición y vanguardia*, Guía antológica, Madrid: Museo Nacional del Prado.
- CLIFFORD, J. y MARCUS, G. (eds.) (1986), *Writing Culture: the poetics and politics of ethnography*, Berkeley: University of California Press.
- CORONA, S. (1992), “La televisión: informe de Salvador Novo y Guillermo González Camarena. Entre melón y sandía”, en *Comunicación y Sociedad*, México: Universidad de Guadalajara.
- DE SOUSA, B. (2003), *Crítica de la Razón Indolente*, Bilbao: Editorial Descleé de Brouwer.
- DENZIN, N. (2010), “Moments, Mixed Methods, and Paradigm Dialogs”, en *Qualitative Inquiry*, Thousand Oaks, California: Sage.
- DENZIN, N. y LINCOLN, Y. (eds.) (2003), “Introduction: The Discipline and Practice of Qualitative Research”, en *Strategies of Qualitative Inquiry*, California, Londres, Nueva Delhi: Sage.
- ELLIS, C. (1999), “Heartful Autoethnography”, “Keynote addresses from the first annual advances in qualitative methods conference”, en *Qualitative Health Research*, USA: Sage.
- _____ (2008), “Autoethnography”, en *The Sage Encyclopedia of Qualitative Research Methods*, Artículo en línea disponible en: <http://www.sage-ereference.com/research/Article_n29.html>
- _____ (2009), *Revision: autoethnographic reflections on life and work*, Walnut Creek, California: Left Coast Press.
- ELLIS, C. y BOCHNER, A. (eds.) (1996), *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*, Walnut Creek, California: Altamira Press.
- _____ (2003), “Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity. Researcher as Subject”, en Denzin, N. y Lincoln, Y. (eds.), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Thousand Oaks, California: Sage.
- FELIU, J. (2007), “Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía”, en *Athenea Digital*, núm. 12, otoño,

- Artículo en línea disponible en: <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/447>.
- FELIU, J. Y GIL-JUÁREZ, A. (2011), “El fracaso: sinsabores sobre escritura y ciencia”, en *Revista Umbral*, Universidad de Puerto Rico, Artículo en línea disponible en: ojs.uprrp.edu/index.php/umbral.
- FERRAROTI, F. ([1983] 1988), “Biografía y ciencias sociales”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales 18: Historia Oral y Historias de Vida*, San José: FLACSO.
- FLAHERTY, M., DENZIN, N., MANNING, P. y SNOW, D. (2002), “Review Symposium: Crisis in Representation”, en *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 31, núm. 4, Thousand Oaks, California: Sage.
- GAITÁN, A. (2000), “Exploring alternative forms of writing ethnography. Review Essay: Carolyn Ellis and Arthur Bochner (eds.) (1996). Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing”, en *Forum: Qualitative Social Research*, 1(3), Art. 42, [9 párrafos]. Artículo en línea disponible en: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0003420>.
- GEERTZ, C. (1973), *The Interpretation Of Cultures: selected essays*, Nueva York: Basic Books.
- _____ (1983), *Local Knowledge: further essays in interpretive anthropology*, Nueva York: Basic Books.
- GONZÁLEZ CASANOVA, P. (2004), *Las nuevas ciencias sociales y las humanidades. De la academia a la política*, España: Anthropos/IIS-UNAM.
- GOODALL, H. L. B. (2008), *Writing Qualitative Inquiry. Self, Stories, and Academic Life*, Walnut Creek, California: Left Coast Press.
- GUIJOSA, M. (2004), *Escribir nuestra vida. Ideas para la creación de textos autobiográficos*, México: Paidós.
- _____ (2006), *Mujeres de cierta edad*, México: Paidós.
- HAYANO, D. (1982), *Poker faces: The life and work of professional card players*, Berkeley: University of California Press.
- HESSE-BIBER, S. (2010), “Qualitative Approaches to Mixed Methods Practice”, en *Qualitative Inquiry*, Thousand Oaks, California: Sage.
- INIESTA, M. Y FEIXA, C. (2006), “Historia de vida y ciencias sociales. Entrevista a Franco Ferraroti”, en *Revista de Recerca i Formació en Antropologia. Perifèria*, núm. 5, diciembre, España.

- LAPADAT, J. (2009), "Writing our way into shared understanding: collaborative autobiographical writing in the qualitative methods class", en *Qualitative Inquiry*, Thousand Oaks, California: Sage.
- LOAEZA, S. (2010), "Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968", en *Nueva Historia General de México*, México: El Colegio de México.
- MALINOWSKI, B. (1973), *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, España: Ediciones Península.
- MARTÍN-BARBERO, J. (2005), "Transdisciplinarietà: notas para un mapa de sus encrucijadas cognitivas y sus conflictos culturales", en Jaramillo, J. E. (comp.), *Culturas, identidades y saberes fronterizos*, Bogotá, Colombia: CES.
- MATUTE, A. (2006), "De la tecnología al orden doméstico en el México de la posguerra", en Pilar Gonzalbo (ed.), *Historia de la vida cotidiana en México, v., Siglo XX, La imagen, ¿espejo de la vida?*, México: Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México.
- MEJÍA BARQUERA, F. (1989), "50 años de televisión comercial en México/ (1934-1984). Cronología", en Trejo Delarbre, R. (coord.) (1989), *Televisa. El quinto poder*, México: Claves Latinoamericanas.
- MONSIVÁIS, C. (2000), *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona: Editorial Anagrama.
- MORA, H. (2010), "El método etnográfico: origen y fundamentos de una aproximación multitécnica", en *Forum: Qualitative Social Research*, [57 párrafos], 11(2), Art. 10. Artículo en línea disponible en: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs1002100>.
- OROZCO, G. (coord.) (2002), *Historias de la televisión en América Latina*, Barcelona: Editorial Gedisa.
- PACHECO, E. Y BLANCO, M. (2002), "En busca de la 'metodología mixta' entre un estudio de corte cualitativo y el seguimiento de una cohorte en una encuesta retrospectiva", en *Revista del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano* (CEDDU), núm. 51, vol. 17, núm. 3, El Colegio de México.
- _____ (2005), "Análisis del efecto edad-periodo-cohorte en el nivel de participación económica de tres cohortes de mujeres mexicanas", en *Revista Papeles de Población*, año 11, núm. 43, Centro

- de Investigación y Estudios Avanzados de la Población, México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- _____ (2008), “Work and Family: An Exercise in Mixed Methodology”, en *Forum: Qualitative Social Research*, vol. 9, núm. 1, Art. 28. Artículo en línea disponible en: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0801281>.
- PALERM, A. (1967), *Introducción a la teoría etnológica*, Instituto de Ciencias Sociales, México: Universidad Iberoamericana.
- _____ (1974), *Historia de la Etnología I: Los Precursores*, México: Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- _____ (1976), *Historia de la Etnología II: Los Evolucionistas*, México: Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia y Secretaría de Educación Pública.
- _____ (1977), *Historia de la Etnología: Tylor y los profesionales británicos*, México: Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- PEÑUELA, A. (2005), “La transdisciplinariedad. Más allá de los conceptos, la dialéctica”, en *Andamios. Revista de Investigación Social*, México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Artículo en línea disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=62810203>.
- POÓ, C. (2009), “Qué puede un cuerpo (impaciente). Reflexiones autoetnográficas sobre el cuerpo y la enfermedad”, en *Athenea Digital*, núm. 15, primavera, Artículo en línea disponible en: <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/635>.
- RICHARDSON, L. (2003), “Writing. A Method of Inquiry”, en Denzin, N. y Lincoln, Y. (eds.), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Thousand Oaks, California: Sage.
- RODRÍGUEZ, A. Y GONZÁLEZ, R. (2010), “El fracaso del éxito, 1970-1985”, en *Nueva Historia General de México*, México: El Colegio de México.
- STREET, S. (2003), “Representación y reflexividad en la (auto)etnografía crítica: ¿voces o diálogos?”, en *Nómadas* (Col). Artículo en línea

- disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=105117890009>.
- STOLLER, P. (1999), "Back to the ethnographic future", en *Journal of Contemporary Ethnography*, Thousand Oaks, California: Sage.
- TREJO, R. (coord.) (1989), *Televisa. El quinto poder*, México: Claves Latinoamericanas.
- TRENCHER, S. (2002), "The literary project and representations of anthropology", en *Anthropological Theory*, vol. 2 (2), Londres: Sage.
- VALDÉS, M. E. (2010), "El sistema político y los medios electrónicos en México", en Gimate-Welsh, A. y Castro Martínez, P. (coords.), *Sistema político mexicano, ayer y hoy. Continuidades y rupturas*, México: Miguel Angel Porrúa, Librero-Editor y Senado de la República, LXI Legislatura.
- ZARUR, A. (1996), *El Estado y el modelo de televisión adoptado en México, 1950-1988*, México: Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.

Fecha de recepción: 13 de noviembre de 2011

Fecha de aprobación: 9 de abril de 2012